

# **La Contextualización Filosófica: ORIGEN Y FINES DE LA UNIVERSIDAD.**

*José del Rey Fajardo \**

Las disquisiciones sobre el origen y destino de la universidad concluyen siempre en la relectura de su esencia vital y consecuentemente en el ámbito de sus fines.

Más, la universidad, en su tarea de diseñar su propio ser, debe reflexionar y conjugar cuatro indiscutibles fundamentos: el hombre, la ciencia, la profesionalización y la sociedad.

A tal efecto conviene dejar sentado desde el comienzo que la universidad medieval surgió no como un lugar de formación profesional sino como un lugar de cultivo de la ciencia.

Hoy, en el siglo XX, los modos de ser universitario se polarizan por la mayor o menor sumisión de la ciencia al poder político o al económico; por el grado de dependencia del hombre respecto a la ciencia que cada modelo haya propiciado y permitido; y finalmente por la medida en que cada modelo se haya interesado por hacer al hombre gestor de su propia cultura y de su sociedad o la hayan convertido en una función del aparato social.

Pero la imagen tradicional de la universidad se difunde con el culto a las instituciones encargadas de fijar valores. Estas instituciones eran la iglesia, el derecho, el funcionariado y en determinados casos el ejército. La misión de dichos organismos se orientaba a moldear y perpetuar los valores dominantes de la sociedad. Y la relación entre la universidad y estos entes estaba normada por el concepto de "unidad nacional".

- \* Palabras pronunciadas, el día 22 de febrero, por el Rector de la Universidad Católica del Táchira, en el "Encuentro Nacional de la Universidad. Su Concepción y Praxis" organizado por la Universidad del Zulia.

Tampoco debemos dejar de lado el concepto de "universidad emergente" adoptado por Ferrer Pi, quien destaca las siguientes notas: Carecen las universidades de filósofos que las han precisado a satisfacción. Luchan por su autonomía pero se consideran íntimamente ligadas a la sociedad de la que dimanar y a la que desean moldear y conducir hacia un auténtico desarrollo. Anhelan máximas libertades académicas pero están aferradas al poder ascensional de los títulos, mermadas en un proyecto definido. Están escindidas en estamentos -con frecuencia sindicalizados- que se entrecruzan y contradicen mutuamente.

Pero, en definitiva, la misión de la universidad consiste en dar sentido a la realidad y a la vida a través de la instauración de un diálogo entre el hombre y el universo. Diálogo al que la humanidad nunca se podrá sustraer, porque se renueva cada amanecer, porque acoge en si el coloquio perpetuo del hombre consigo mismo, del hombre con los demás hombres, del hombre con la sociedad, con las cosas, con el ambiente y su conciencia.

Como el tema así plantado resulta inabordable por lo extenso, trataré de sugerir dos líneas de análisis. La primera intentará enunciar algunas premisas venezolanas para el destino de nuestras casas del saber. La segunda recogerá algunos planteamientos que provienen de la esencia misma de la universidad.

I. En el futuro se prevé un maridaje entre universidad y educación superior, o formulado en términos más elegantes, muchos países están adoptando un sistema dual para la capacitación a nivel profesional de sus ciudadanos en sus diversas modalidades. De jure excluimos los estudios postsecundarios que no conducen a titulación oficial y que además se rigen por períodos más cortos.

Para los europeos este planteamiento se erige en una verdadera antinomia. Según Burton Clark, de siglo en siglo fue creciendo la presunción de que una educación superior auténtica en Europa equivalía a la educación universitaria y este convencimiento imposibilitó la existencia de otras formas o dotarlas de

prestigio. La masificación ha debilitado la función tradicional de la universidad, es decir, la investigación básica. Y ahora resulta problemático saber si la investigación básica permanecerá dentro de la universidad dado que el tiempo dedicado a la enseñanza desplaza el dedicado a la investigación y dado que los gobiernos patrocinan y protegen a la ciencia de la que tienen necesidad creando institutos de investigación fuera de los sistemas universitarios.

Por otra parte, las economías nacionales han experimentado cambios estructurales tan radicales en las últimas décadas que han interpelado a las universidades para evaluar si las estructuras existentes serán o no capaces de hacer frente a ese desafío sin necesidad de una redefinición.

Por otro lado, existe una tendencia mundial a adoptar una forma de mayor estratificación en la educación superior basada fundamentalmente en instituciones no universitarias a fin de poder satisfacer las demandas surgidas desde el sector privado de la economía para así dar repuesta a las demandas cambiantes del mercado. En definitiva esto equivaldría a la introducción en la educación superior del concepto del libre juego de las fuerzas del mercado.

Con todo, tales planteamientos no han logrado penetrar de lleno la mentalidad de muchos estamentos juveniles que profesan su fe en la existencia de las íntimas relaciones que existen entre la universidad y el empleo público, con su idea de seguridad, prestigio, retiro y jubilación aseguradas, a pesar de que parecieran demostrar lo contrario acontecimientos mundiales como las crisis económicas, el elevado nivel de paro o desempleo estudiantil y el agotamiento del empleo en el sector público.

En Venezuela este fenómeno se está gestando y ha generado lo que se ha dado en denominar la "colombianización de la educación Superior" que en definitiva no es otra cosa que la proliferación indiscriminada y casi anárquica de instituciones universitarias (universidades e institutos universitarios y rara vez tecnológicos), mayormente de carácter privado, cuya misión inmediata parece ser la de dar repuesta inmediata a la creciente demanda estudiantil en los principales centros urbanos del país. Pero se impone la evaluación de este experimento que no deja de despertar suspicacias por su alto grado de mercantilización y su baja contribución real a la demanda ocupacional.

II. Pasemos ahora a los planteamientos que provienen de la esencia misma de la universidad.

La ciencia constituye, ciertamente, un componente esencial del desarrollo porque en ella subyacen potencialidades inmensas que se manifiestan no sólo en el conocimiento y en las aplicaciones tecnológicas sino también en los grandes proyectos socio-históricos.

En la postguerra se llegó a elaborar una ideología del progreso, de naturaleza profundamente optimista, que ofrecía a la humanidad en reconstrucción posibilidades ilimitadas de crecimiento cualitativo.

Pero la racionalidad científico-tecnológica entró en crisis al prescindir de dos valores irrenunciables, el arraigo y las finalidades, ya que sus coordenadas se ubican: por una parte, en el ámbito de lo abstracto, de lo universal de lo construido y de lo uniforme; y por otra, se preocupó de los medios funcionales dejando en suspenso el ámbito ético de los fines con el peligro de autoerigirse ella misma en un fin.

La tragedia se agudiza -como analiza Jean Ladrière en su libro **El reto de la racionalidad**- cuando en la sociedad postindustrializada se incrementan las

críticas que fijan límites a la autonomía de la ciencia, mientras en los países en proceso de industrialización se atisba la ciencia como el medio indispensable y esperanzador que asegure su desarrollo.

Pero si de la teoría descendemos a la praxis, el proceso histórico acuñado por la racionalidad científico-tecnológica ha acrecentado en nuestros países el dominio injusto de unas naciones sobre otras con sus secuelas de dependencia, de desarraigo cultural, de pérdida de horizontes propios y de transferencias de mentalidades, actitudes, valorizaciones -válidas para el plano específicamente científico- pero nocivas e inadecuadas para la identidad cultural.

El mundo de hoy se enfrenta a una de las más graves crisis de la postguerra. A las presiones energéticas que revolucionaron la economía mundial en la década pasada, se han sumado las **presiones financieras** que no solo han distorsionado el llamado orden económico internacional sino que han provocado desde desajustes hasta sonoras bancarrotas de naciones en vías de desarrollo.

Las teorías Keynesianas que propugnaron la constitución del "Estado de bienestar", tras la quiebra, han sido sustituidas por las **teorías monetaristas**, de corte liberal, en las que el economicismo ha sacrificado a lo social en aras del logro del rendimiento económico. Y en lo económico se ha impuesto un **nuevo proteccionismo** que en definitiva representa una fragmentación del orden solidario internacional a favor de los componentes poderosos; puesto en términos más prosáicos, es la voz de "sálvese quien pueda" porque la situación se ha sumido en el caos. En este marco de referencia, lo que le interesa a la sociedad de hoy es lo económico; estas importantes variables parecen orientar y prefijar la única dirección que el frío cálculo del hombre público de hoy ofrece a esta sociedad.

También debemos confesar que el auge vertiginoso de la ciencia ha **agrietado el edificio conceptual de la universidad y de la sociedad, entre otras** razones, por las motivaciones derivadas de las prácticas científicas y tecnológicas, tales como la búsqueda de la eficacia, el culto a la productividad, la preocupación excesiva por la racionalidad, la prioridad otorgada a los medios sobre los fines, e incluso el mostrar al hombre de ciencia como una especie de demiurgo, dotado de poderes casi sobrenaturales. Es innegable que el conocimiento organizado ha convertido a la tecnología en más científica y la tecnología ha transformado a la ciencia en más operatoria.

Asimismo, la tecnociencia puede erigirse en un principio efectivo de universalización. En efecto, aunque la comunidad científica internacional se integre con estamentos distintos: físicos, bioquímicos, matemáticos y otros, sin embargo existe una metodología que va invadiendo el pensamiento, las formas del lenguaje y la concepción de la verdad. Y esta práctica de la racionalidad va

siendo compartida de igual forma por todos aquellos que participan en el esfuerzo científico.

Esta metodología nos induce al llamado de una conciencia ética universal ya que existe un reconocimiento generalizado de ciertos valores considerados como fundamentales y universales porque en verdad son la expresión de la humanidad del hombre.

Y esta es una de las tareas de la comunidad científica: estudiar los modos de compaginar la universalidad ética con la universalidad de la tecnociencia. Los valores éticos permiten juzgar los fines; los de la tecnociencia buscan métodos para crear conocimientos y el saber hacer técnicos.

Y como establece Jean Ladrière, la universalidad tecnocientífica es efectiva mientras que la universalidad ética es únicamente presuntiva. Con todo se da un reconocimiento de los valores fundamentales comunes; los desacuerdos comienzan a partir del momento en que se trata de precisar lo que estos valores implican en los planes y disposiciones del derecho positivo.

III. A la luz de estas reflexiones cobra vigencia el teorema de Newman. La idea de universidad contiene dos partes: una positiva y otra negativa. La positiva afirma que el conocimiento humano es un todo con sus partes relacionadas armónicamente. En el aspecto negativo Newman se preguntaba qué ocurriría si se omitiera una significativa parte del conocimiento, no por un individuo sino por la comunidad cultural y aseguraba que se seguirían tres consecuencias. Primera: el hombre, en general, se volvería ignorante en esa área; segunda, el todo redondeado del conocimiento humano quedaría mutilado; tercera, las partes restantes se esforzarían por volver de nuevo a redondear el todo, a pesar de la amputación de la parte y como resultado de la omisión el nuevo todo fraccionado sufriría grandes distorsiones en el esfuerzo por realizar una función subsidiaria para la cual no estaba diseñada.

Esa parte esencial del conocimiento humano que se ha perdido es el HOMBRE. Por esta razón la verdadera causa de esta encrucijada económica y política no hunde sus raíces en el mundo de la ciencia y de la tecnología sino que ubica la crisis exactamente en el mundo de la cultura.

Al establecer la "totalidad armónica" adquieren su genuino valor tanto el hombre como la sociedad, y en consecuencia la cultura que es la "estancia" construida por el ser humano la cual nos transforma y a su vez la podemos transformar.

Lo social se concibe como un modo de vida, un modo según el cual los hombres viven juntos de una forma ordenada y por lo tanto de alguna manera predecible. Tal ordenamiento puede ser observado en la familia y en las costumbres, en la sociedad y sus clases, en la educación, en el Estado y sus leyes, en la economía y en la tecnología.

Lo cultural se construye sobre lo esencial puesto que los hombres no solo hacen cosas, sino que desean entender su propio hacer; aspiran a descubrir y expresar el significado, la significación el valor y el uso de su modo de vida en un todo y en sus partes. Tal descubrimiento y expresión constituye lo cultural y consecuentemente la cultura se relaciona con el orden social como el alma con el cuerpo.

Si se concede que la cultura es el significado de un modo de vida, las culturas se dividen de acuerdo a la manera en que ese significado se aprehende y comunica; de ahí la carta constitutiva del pluralismo.

Con todo, el éxito de la nueva idea de ciencia afectó inevitablemente a la supraestructura cultural al asentar el principio de que lo que tenía validez en las ciencias naturales debía repercutir en las ciencias humanas.

**En la medida en que las ciencias humanas sigan el modelo suministrado por las ciencias de la naturaleza tenderán irremisiblemente a un reduccionismo que vacía la vida humana y la cultura de todo contenido serio y trascendental y esta es la causa del descontrol que hemos indicado más arriba.**

Y en la medida en que ellas insistan en su diferencia específica de las ciencias naturales arriesgan el perder su autonomía para convertirse velozmente en satélites de las corrientes de moda cuya única trayectoria concluye en la pérdida de la coherencia y en el imperio del escepticismo o del puro pragmatismo.

IV. En conclusión, la necesidad de construir un nuevo humanismo, capaz de alimentar la superestructura cultural que exigen las sociedades actuales deberá fundamentar sus bases sobre tres grandes proyectos: 1) la reinterpretación del hombre y su modo con exigencias más eficaces y

personalización y socialización; 2) la transformación del ordenamiento de la sociedad y del control de la naturaleza; 3) un nuevo sentido del poder y de la responsabilidad para bien de la humanidad capaz de engendrar creadoras síntesis vitales en las que pueda discernir si en concreto hacen crecer o decrecer la realización de la fe en las instituciones y la justicia, o si por el contrario conducen a la alineación y a la pérdida de identidad cultural anhelada.

La universidad del futuro debe recobrar la dimensión humana pues aunque la ciencia manifieste la creatividad del espíritu, sin embargo no lo agota. Es la hora de volver al hombre y de darle su oportunidad. Como dice Edgar Faure "el hombre nuevo, de una parte, aprende, conoce y comprende al mundo; de otra parte, dispone o sabe que puede disponer de las técnicas necesarias para actuar sobre el mundo, con inteligencia y en el sentido de su interés; por último,

enriquece al mundo de objetos y de conjuntos tecnológicos. Estos tres elementos hacen de él un hombre dueño de su destino".

La hominización pretende el desarrollo integral y solidario de la humanidad, en otras palabras, se trata de promocionar al hombre constituyéndole en genuino artífice de la ciencia para que transforme la sociedad. Y promocionar al hombre significa, según Newman proporcionarle "la fuerza, la estabilidad, la capacidad de comprensión y la versatilidad del intelecto; el comando de sus potencias y el acuciado instinto de valorar cuanto acontece en él".

El sentido originario de la **universitas** asignaba tanto importancia a la comunidad del claustro como a la integración de todas las ciencias. **Universitas** y **humanitas** constituyeron el eje de la universidad.

El reto de la hominización debe comprometer lo mejor de nuestras tradiciones culturales e intelectuales: ellas son geografía e historia, hombre y pensamiento, ancestro y modernidad, esencia y existencia, ideales y fracasos, identidad y transculturación. La ciencia se inscribe ciertamente como un componente de gran alcance en el destino del espíritu pero, sin embargo, en sí misma no constituye el todo de ese destino. Suscita significaciones inéditas, pero no tiene la posibilidad de darse a sí misma la totalidad de su propia significación. El nuevo humanismo no debe atrincherarse frente a la racionalidad científico-técnica moderna sino intuir en ella sus innegables potencialidades; "la mística llama a la mecánica" afirmaba Bergson, y añadía: "el cuerpo engrandecido espera un suplemento de alma".

Y ninguna oportunidad más apropiada para llevar a cabo la revolución de la hominización y la oferta histórica de un nuevo humanismo en el que la paz social sea la convergencia sintetizadora de la democracia y del desarrollo por un lado y del bien común y de la participación por otro.

El bien común como instancia globalizadora y la participación como exigencia multidireccional de los hombres. Se trata de la exigencia del ser humano de llegar a ser lo que debe ser un contexto histórico concreto y del bien común como fin, norma y tarea que asume esta exigencia en la justicia, en la libertad, en la igualdad y en la amistad cívica.

Y el desarrollo se debe atisbar más allá de las fronteras que definen el horizonte del simple crecimiento económico; se debe ubicar en el reclamo de las transformaciones mentales e institucionales y de las actitudes humanas frente al entorno físico del hombre para que "la abundancia de las cosas" no "ignore la realización de los seres". De ahí que el problema del desarrollo a más de ser un problema económico y un problema político, es ante todo un desafío moral, cuyo reclamo debemos responder con lo mejor del entusiasmo que debe definir la creatividad de las universidades venezolanas.